



# LOS XXXX domingos

AÑO I	Suplemento infantil a "La Correspondencia de Valencia"	NÚM. 4
----------	--	-----------

## LAS BABUCHAS DE ABU-CASIM

Abu-Casim era un viejo comerciante de Bagdad, famoso por su avaricia. Sus cofres estaban llenos de oro, pero él no sacaba nunca de ellos la más ínfima cantidad. Su vida era la de un mendigo; los más ancianos habitantes le habían visto llevar siempre las mismas prendas, ¡y qué prendas! Un casacón cuya tela usada, hasta los forros había perdido toda traza de su primitivo color; un turbante deformado en el cual se veían tantas manchas y agujeros como estrellas en el firmamento, y sobre todo, las babuchas, tan frecuentemente recosidas, que no podían mirarse sin reventar de risa. Su fealdad sin igual había dado nacimiento a un refrán, y cuando se quería hablar de algún objeto viejo, pesado, incómodo e innoble, se decía: "Es como las babuchas de Abu-Casim".

Un día que nuestro avaro había aprovechado sutilmente el apuro de un pobre comerciante para comprarle a vil precio una cierta cantidad de magníficos cristales, llenos de buenisima agua de rosas, quedó tan encantado de su buen negocio, que decidió celebrarlo haciendo algún gasto extraordinario.

¿Invitaría a un pariente a comer? ¡No! Todos sus parientes devoraban como perros hambrientos. ¿Se compraría una medida del mejor café? ¿Para qué? Esaba acostumbrado al peor. Después de profundas cavilaciones decidió que lo mejor, costase lo que costase, sería bañarse, lo cual no había hecho desde tiempo inmemorial.

Mientras se despojaba de sus harapos en el vestíbulo de la casa de baños, uno de sus parientes le hizo algunas atentas observaciones sobre su excesiva economía, y hasta se aventuró a insinuarle que sería conveniente cambiara de babuchas para no servir por más tiempo de fábula a todo Bagdad.

Abu-Casim contestó refunfuñando y penetró en el baño. Cuando salió de él vió cerca de sus vestidos un par de babuchas nuevas. Pensó que se trataba de una agradable sorpresa preparada por su pariente,

te, y calzándose las, se marchó. Pero las babuchas nuevas pertenecían a un cadí que, habiendo entrado en el baño detrás de Abu-Casim, salió también detrás de él y quedó mal sorprendido al no encontrar sus babuchas. Se buscó por todas partes, y por fin, en un rincón oscuro, se hallaron las horribles babuchas de Abu-Casim. Entonces el cadí exclamó:

—¡Por Alá! Ese pícaro avaro ha

peranzados en sacar algún rico botín, como un vaso de oro o una arquita llena de diamantes, tiraron con infinitas precauciones de la red; pero cuál no fué su desengaño cuando descubrieron que habían pescado... ¿qué?: las babuchas de Abu-Casim, cuyos clavos monstruosos habían desgarrado por añadidura sus redes.

Furiosos, cogieron las babuchas y las tiraron a través de las venta-

damente las taimadas babuchas debían hacerle pasar aún más de un mal rato.

Al día siguiente, cuando las mujeres de Bagdad fueron a llenar sus cántaros a las fuentes públicas, se indignaron al ver que no llegaba el agua. Como es natural, en estos casos se produjeron los consabidos comentarios, reclamaciones y agrupamientos.

Los vigilantes de la conducción de aguas, inquietos y asustados, corren por todas partes, suben al acueducto, sondan los tubos y terminan por descubrir que un cuerpo extraño obstruye el paso del agua, haciéndola desbordar en los campos.

—¿Qué era ello? ¡Nada más que las demasiado célebres babuchas de Abu-Casim!

Nuevas denuncias, nueva detención, nueva multa... Esta vez era la ruina del pobre comerciante; se llegó a temer por sus días.

Cuando de nuevo se halló solo en su casa, pálido, flacucho, envejecido de diez años, y frente a sus babuchas:

—¿Qué haré de vosotras?—les decía—, con esa calma siniestra que expresa el último grado de desesperación. ¿Cortaros en mil pedazos? ¡Pero eso sería crearme mil enemigos! No tengo más que un recurso: reduciros a ceniza.

Y tomándolas entre sus manos temblorosas iba a echarlas al fuego, cuando viéndolas tan mojadas aún, temió que el fuego no haría presa en ellas; las depositó sobre los bordes de su terraza para que el sol las secara.

No había desandado dos pasos cuando el perrito de un vecino saltó sobre la balaustrada y queriendo olfatear una de las babuchas la hizo caer a la calle, precisamente sobre la cabeza de una mujer que pasaba en aquel instante.

¡Allí asesino! ¡Al matador!—gritaron en seguida las comadres del barrio.

—¿Quién es el muerto? ¿Dónde está el culpable?—preguntaron los hombres abandonando sus traba-



robado las mías. ¡Pronto, que se corra a detenerle!

Los guardias se precipitaron hacia la calle, dieron con Abu-Casim en el momento que iba a abrir la puerta de su casa y lo acompañaron hasta un lóbrego calabozo.

A pesar de sus protestas y de sus explicaciones, la ocasión era demasiado favorable para dejarla escapar; las gentes de justicia hicieron una buena sangría a su fortuna; sólo después de pagar una fuerte multa se le dejó en libertad.

Abu-Casim regresó a su casa desesperado. Cuando se vió solo, se plantó, con los brazos cruzados, ante sus babuchas, causantes de su desgracia, y después de haberlas hecho los reproches más enérgicos, cogiéndolas con cólera las tiró al Tigris, que se deslizaba bajo sus ventanas.

Ahora bien; sucedió que, varios días más tarde, unos pescadores sintieron algo pesado en sus redes. Es-

nas del viejo comerciante. La casualidad quiso que fueran a caer encima de los frascos de agua de rosas, rompiéndolos.

Atraído por el ruido, Abu-Casim vió, nadando en agua de rosas, las fatídicas babuchas que después de haberle hecho condenar a una fuerte multa, habían subido del río para destruir lo que tenía de más precioso. Arrancándose los pelos de su barba, exclamó:

—¡Malditas babuchas! ¡Yo sabré impedirlos perjudicarme de nuevo!

Llegada la noche salió de la ciudad, se alejó por el campo y después de asegurarse que nadie le veía, sacó las babuchas de un bolso y las tiró al fondo del acueducto.

Permaneció algunos instantes inclinado sobre el agua, disfrutando de ver cómo sus enemigas se ahogaban, y seguro de no oír hablar más de ellas, regresó con ánimo tranquilo a su casa. Desgracia-

### SOLUCION AL JUEGO



### SOLUCION A LA RECONSTRUCCION



# UN MUCHACHO DEMASIADO ASTUTO

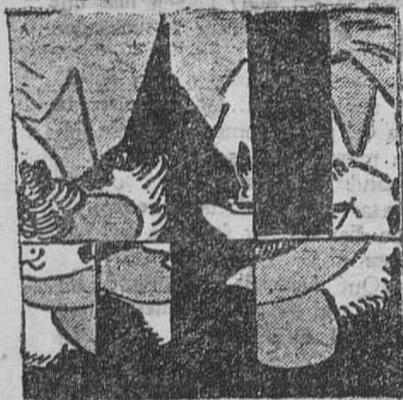
jos... La muchedumbre se condensaba, sitiando la vivienda de Abu-Casim... Se habla nada menos que de hacer justicia inmediatamente, de asarle o emparedarle vivo. Entonces, el anciano toma una suprema resolución: suplica a los guardias que le lleven ante el cadí, y allí, postrándose de rodillas y depositando sus fatales babuchas a los pies del magistrado, exclama:

—¡Fuente infinita de sabiduría, luz deslumbradora, oh sublime cadí; he aquí a dos furias encarnizadas en mi pérdida: era rico, ellas me han arruinado; era dichoso, pacífico: ellas han destruido mi tranquilidad y acortado mi vida. Dictad un edicto por el cual todo Bagdad sepa que, por lo menos, todos sus crímenes futuros no podrán serme imputados. Si no me concedéis esta gracia, oh noble cadí, no quiero vivir más: hacéme conducir al suplicio!”

El cadí no pudo retener una sonrisa al escuchar esta extraña súplica; redactó el edicto, ordenó anunciarlo en todas las calles de la ciudad y se contentó, esta vez, sermoneando a Abu-Casim sobre los inconvenientes de no saber cambiar a tiempo sus babuchas viejas.



## ROMPECABEZAS



Luego de haber dividido este cuadro, en ocho rectángulos, hay que juntar los fragmentos de modo que pueda reconstruirse la caricatura de un personaje muy conocido.

(La solución, la próxima semana.)



El granjero Piton estaba encolerizado. Su mejor ciruelo era saqueado cada noche por un malhechor que se guardaba mucho de dejar su dirección.

—¡Si esto continúa— se decía Piton—, mi mujer no tendrá siquiera

bastantes ciruelas para preparar un pequeño bote de confitura!

Con el fin de atrapar al ladrón, pasó tres noches a la serena y atrapó por fin... un resfriado. Tuvo, pues, que renunciar a vigilar. No obstante, ideó un medio nada tonto: bajo

el famoso ciruelo, en el sitio donde el ladrón había dejado las huellas de sus pasos, el granjero hizo un agujero. En este agujero instaló un cubo de alquitrán líquido, recubriéndolo después con unas ramas.

—Mañana—se dijo—me levantaré



a las seis. Iré a examinar el ciruelo. El pícaro que haya caído en el cubo habrá dejado sus huellas impresas sobre el suelo. Seguiré la señales, las cuales me conducirán seguramente a la casa del ladrón.

Así lo hizo Piton. Los pasos esta-

ban marcados muy distintamente. Siguió al pista... pero, cuál no fué su sorpresa al ver que los pasos se dirigían directamente hacia la casa del alcalde... y entraban en ella...

—¡No pueda acusar a alcalde! ¿Qué hacer? ¿Es necesario que mis

ciruelas se gusten en una barbaridad para que las haga robar!

Entonces, para ser agradecido al magistrado, Piton regresó al ciruelo, llenó de fruto un gran cesto, y lo ofreció al alcalde, el cual le dio las gracias calurosamente, prometiendo



condecorarle antes de fin de año...

Mientras tanto, alguien se divertía de buen corazón: era Juanón, un tanturro del poblado. Astuto como un zorro y glotón como un gato viejo, desde hacía varias noches subía al ciruelo regañándose con las ciruelas de Piton. Pero la última noche, cuando llegaba bajo el árbol, cayó de pies dentro del cubo de alquitrán. Por un instante quedó consternado, pero después se puso a reír:

—¡No es tonto el viejo Piton...; pero Juanón tampoco lo es!

Y sin más preocuparse de incidente subió al árbol, comiéndose doble ración de ciruelas... para vengarse...

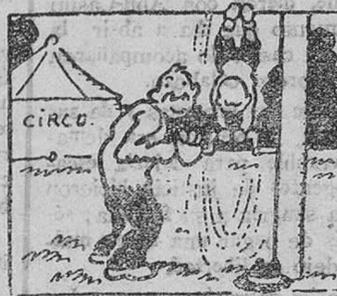
Por fin, ya harto, bajó de él y, sin vacilar, tomó el camino de la casa del alcalde... Llegado allí subió los peldaños de la entrada y regresó a su casa... esta vez con las botas en la mano!...

No obstante, su estratagema no le evitó el castigo que merecía, pues al día siguiente tuvo una gran indigestión a causa de las ciruelas.

Su madre contó esto a todas comadres... sin olvidar de decir que su hijo había caído en un tonel de alquitrán...

Juanón fue reprendido por Piton y por el alcalde, y tuvo además que pagar una fuerte multa.

# EL CHICO ACRÓBATA



—¡Qué fatiga me causa el agujerear este poste de abeto!, exclama Arturo el acróbata, manejando con dificultad su grueso berbiqui. En aquel momento llega su hijo Ricardín, un muchacho cuya habilidad en

el trapecio causa ya la admiración de los espectadores.

—¿Quieres que te ayude, papá?

—¡No podrías, hijo mío; mira cómo sudo!

—Tengo una idea, papá: sujeta

bien fuerte el berbiqui, como si se tratara de una barra fija, y yo ejecutaré el ejercicio llamado "el gran sol", tantas veces como sea necesario.

Gracias a la ingeniosa idea de Ri-

cardín, el poste estuvo pronto agujereado sin que su papá se fatigara mucho. ¡Qué listo es Ricardín!



# EL NIÑO Y LA CUNA



Un día Pedrín se paseaba cuando oyó piar unos pajaritos en un árbol. Este árbol, Pedrín lo escalo a riesgo de romperse el alma y quedó maravillado... Un nido de musgo y de fino plumón, estaba allí, delante suyo, sobre una rama... La mamá Pinzón levantó el vuelo asustada. Pedrín vió entonces unos lindos pajaritos de ojos brillantes, que alargaban hacia él sus abiertos picos amarillentos...

Encantado con su suerte, el niño tomó el nido, bajó del árbol y se fue corriendo a su casa...

—¡Mamá!—gritó desde la puerta. Mira qué hermoso hallazgo acabo de hacer.

Pero, contra lo que él esperaba, su madre tomó un aire entristecido:

—Mi pobre Pedrín, dijo ella... tu pequeña hermanita, a la que tanto quieres... Juanita... pues bien... un

mal hombre, un ogro sin duda, ha entrado, la ha robado de su cunita y se la ha llevado!...

Pedrín palideció y se puso a llorar amargamente...

—Seca tus lágrimas, continuó diciéndole su mamá... Juanita no ha salido de su cuna. He querido demostrarte solamente la pena que se sufre perdiendo a los seres a quienes se ama.

Pedrín comprendió la lección... Inmediatamente regresó al árbol, subió y colocó el nido en su sitio. La mamá Pinzón que revoloteaba alrededor, se apresuró a ir a reunirse con sus pequeños.

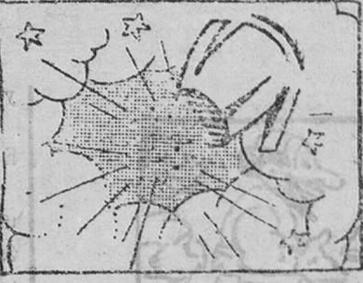
Pedrín no robará nunca más un nido.

## EL ASNO IMPRUDENTE



Julio y Bob habían comprado unos petardos y se disponían a emplearlos en un experimento: "Encenderemos las mechas y pondremos un tonel encima, explicaba Julio a Bob. Cuando estallen, el desplazamiento de

aire levantará el tonel; será muy divertido." Y tan pronto dicho como ejecutado. Julio y Bob se alejaron para contemplar sin peligro el efecto de su experimento. Pero he aquí que el asno del carbonero se acercó

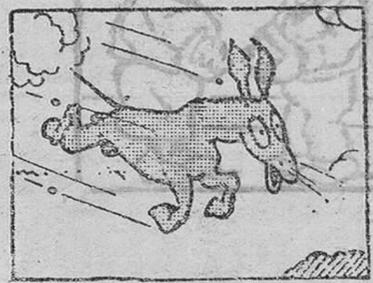


a husmear el tonel:

—¿Hay algo bueno para mí aquí dentro?—se preguntó el animal. Páberlo nada más sencillo: de una cox el animal intentó derribar el tonel. Los petardos estallaron en aquel

instante: la deflagración se produjo como los dos muchachos habían imaginado.

Juzgad del espanto de nuestro asno al sentir que su rabo se incendiaba. El pobre tomó un galope infernal.



¿A dónde iba? A pesar de ser un asno, su instinto le llevó hasta un pequeño estanque poblado de ranas y se apresuró a poner su rabo en remojo.

—¡Qué miedo le pasó! decía la pobre bestia. Ese tonel ha hecho más ruido que cien látigazos, y mi hermoso rabo olía a chamusquina... Desde hoy, si veo un tonel en la carretera, no me acerco a él ni aun que me maten.

## UN MAL NEGOCIO



El negro Rubio y el negro Blanco abandonaron un día su tribu de chozas para ir a vivir en la ciudad de hermosas casas. Cada uno se albergó en una casa diferente de la misma calle.

Blanco esperaba con angustia al co-

brador del Banco, al cual debía quinientas pesetas. Como era muy orgulloso, quiso evitar que Rubio se enterara de sus deudas. Para ello le dijo una gran mentira:

—Si ves entrar en mi casa a un empleado de la banca, no te extrañes.



Mañana debe pasar a entregarme quinientas pesetas, en buenos billetes de banco...

Desgraciadamente, la conciencia de Rubio era muy elástica, como lo probó al siguiente día...

Con profunda sorpresa vió que

Blanco se ausentaba sin esperar al cobrador... Cuando éste apareció, buscándolo el número de la casa, vió a Rubio ante el portal y le dijo:

—Soy el nuevo cobrador del Banco y no conozco aún a los clientes... Búscame a un cierto señor Blanco.



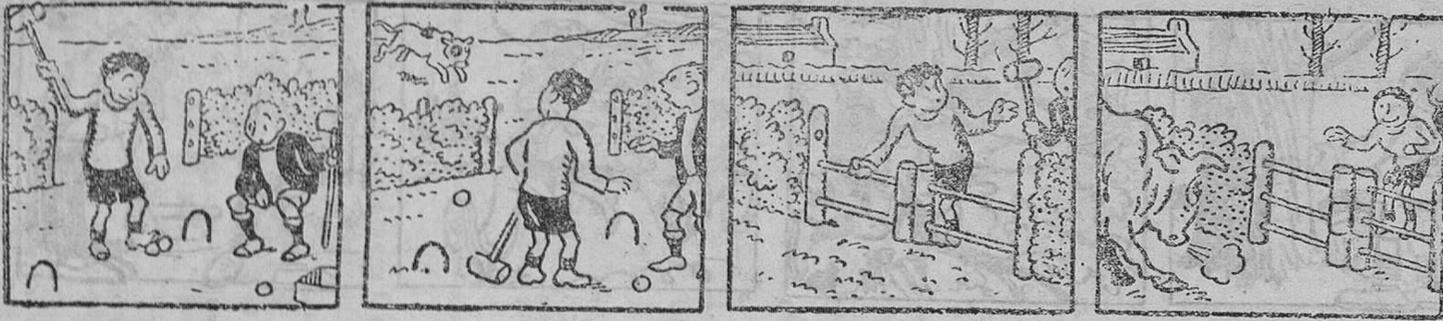
Rubio le contestó sonriendo: —Precisamente yo soy el señor Blanco a quien usted busca.

—El cobrador continuó: —Divinamente... vengo por las quinientas pesetas! Rubio tendió sus dos manos, pero

el del Banco dijo aún: —Por las quinientas pesetas que usted debe!

Y le presentó el recibo del Banco... Con la mala cara que se adivina, Rubio tuvo que pagar la deuda de Blanco.

# IDEA SALVADORA



Jaime y Félix se entretienen jugando al croquet. Félix dice a su compañero:  
—Fíjate bien; voy a enviar tu bola al extremo del jardín.  
Jaime le contesta:

—Si tú la envías al extremo del jardín, yo mandaré la tuya al extremo del prado.  
Pero, de pronto, los dos lanzan un grito de alarma: un toro acaba de ver la chaquetita roja de Jaime y se

acerca velozmente.  
—¡Misericordia!—exclama Jaime. Si el toro entra estamos perdidos.  
—¡No!—replica Félix con energía. Pronto, dame todos los mazos.

Y construye con ellos una especie de puerta. El toro llega y encuentra el obstáculo: los dos muchachos están salvados. Pasando del miedo a la valentía, los dos chicos se burlan del toro impotente.

# EL TRUCO DEL ROPAVEJERO



Isidoro no es un cliente de los grandes sastres, ni siquiera de los almacenes de confección. Cuando necesita adquirir alguna prenda de vestir se dirige al baratillo del viejo Laparra.  
El otro día entró en la tienda del trapero y preguntó al buen hombre:  
—¿Tiene usted por casualidad un abrigo de precio módico?

—¡Qué olfato tiene usted, amigo! Precisamente acabo de recibir una magnífica gabardina casi nueva. Tómeme: ensaye esto...  
Cuando Isidoro se hubo puesto encima el sobretodo en cuestión el viejo Laparra exclamó:  
—¡Le va como un guante, señor: como un guante!  
—Yo creo, al contrario, que me cae muy mal: una viena muy ancho



y además es muy largo...  
La señora Laparra salió en auxilio de su marido:  
—¡Oh, señor: nunca ha vestido usted tan elegantemente; si viera usted qué bien le cae por las espaldas! ¡Además, el tejido es de calidad superior! ¿Y los forros? ¡Oh! Los forros son irrompibles; examine usted los bolsillos y comprobará que son de una solidez a toda prueba...

Isidoro introdujo maquinalmente las manos en los bolsillos del abrigo... y experimentó una emoción que trató de disimular lo mejor que pudo a los ojos de los Laparra: había sentido bajo su mano derecha una cartera repleta de billetes...  
—¡Diablo!—se dijo—. Al comprar este abrigo, se han olvidado de efectuar su acostumbrada inspección. ¡Ahora sí que no lo dejo!  
Y, lo más tranquilamente que pudo, preguntó:

—¿Cuánto piden por este abrigo tan malo?  
—¡Treinta pesetas!  
—¡Es muy caro: no vale ni la mitad!  
—¡No le obligo a quedárselo; estoy seguro de venderlo antes de veinticuatro horas!



—Véame, déjelo por veinte pesetas...  
—Ni un céntimo menos. Prefiero no venderlo.  
Isidoro no insistió más; pagó el precio pedido y se marchó casi corriendo. Cuando estuvo lejos de la tienda, sacó la cartera confiando en

contrar en ella una fortuna. ¡El billete era viejísimo, y en su interior encontró... billetes del tranvía! Mientras Isidoro se desesperaba de haber comprado tan caro aquel abrigo tan malo, los Laparra se frotaban las manos de satisfacción:  
—¡Que buen negocio hemos he-

cho!—decía Laparra a su mujer—, ¡Un sobretodo que nos cuesta cinco pesetas! El truco de la cartera es magnífico: cada vez que lo ensayamos produce un resultado excelente—replicó la patrona.